



Miembros de la tripulación del avión de Air France secuestrado, durante su conferencia en Orly.

en África. La reacción africana, en la OUA, ha sido inmediatamente negativa.

La cuestión que se plantea, y que Uganda ha llevado al Consejo de Seguridad, es la de si un Estado puede realizar una operación ofensiva contra otro, hasta el punto de causarle un elevadísimo número de bajas y la destrucción de la mitad de su aviación militar, por un fin al que es ajeno el país atacado —que se ha presentado todo el tiempo como mediador, por una parte, y como víctima, por otra, al tener que albergar forzosamente la nave aérea con su carga de explosivos— sin recibir una fuerte sanción internacional, e incluso con las felicitaciones de Estados Unidos. Si el fin justifica los medios, podría entonces decirse que la finalidad de los guerrilleros palestinos que han intervenido en esta operación salvaje justifica también el secuestro del avión, lo cual es a todas luces insostenible. El Consejo de Seguridad no puede aceptar esa operación. O aceptaría igualmente cualquier represalia que ahora pudieran cometer los terroristas.

El enfrentamiento con el terrorismo está deteriorando rápidamente todos los valores. La tendencia de los países de la "línea fuerte" a no negociar es algo más que una decisión política, que se quiere justificar con la idea de que la negociación o el éxito de una operación terrorista incita a cometer otras nuevas. Es, en realidad, una respuesta de agresividad contra agresividad y una connotación más en contra del respeto a la vida humana. El secuestro, el rehén, merecen siempre toda clase de esfuerzos para salvarlos. Los civiles deben tener siempre la sensación

de que los poderes nunca los abandonan: que los asesinos sean los otros.

En esta línea dura, el Gobierno argentino acaba de modificar el Código Penal en el sentido de imponer fuertes penas de prisión a los

que "colaboren" con los secuestradores. Por colaboración se entiende simplemente pagar el dinero del rescate. Un país que no es capaz de contener la ola de secuestros, a pesar del restablecimiento de la pena de muerte, y que en muchos casos se ve acusado de por lo menos indiferencia cuando no colaboración personal con los secuestradores y asesinos de la derecha, no tiene derecho a penalizar o prohibir las medidas individuales que tratan de salvar a las víctimas. A menos que esta penalización forme parte de la misma operación de secuestro.

Los países de mayor democracia tienen una tendencia clara a tratar de salvar, en primer lugar, las vidas de rehenes o secuestrados y perseguir el delito: de evitarlo antes con medidas preventivas y de castigarlo después de cometido, haya o no costado la vida al rehén. Los daños que una operación de prestigio policiaco puede causar son enormes: recordemos la matanza del aeropuerto de Alemania del Este cuando se trataba de rescatar a unos rehenes judíos.

Los elogios a la precisión, a la

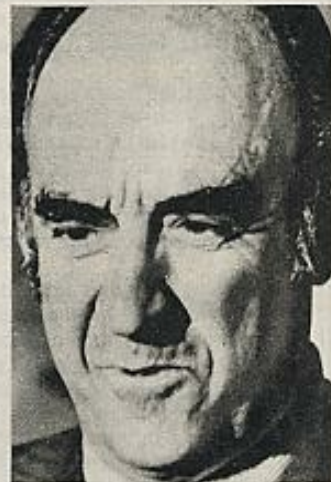
exactitud del comando israelí que realizó una operación a enorme distancia de sus bases y en territorio extranjero no pueden tener la capacidad de hacer olvidar las líneas éticas de la política internacional. Que no son simplemente académicas: tratan de evitar que el mundo esté entrecruzado de estas operaciones que se asimilarían a una guerra permanente. Los que por no parecer complicados con el nazismo aceptaron o contemplaron con indiferencia la operación por la cual Israel secuestró de territorio argentino al criminal de guerra Eichmann, y cómo fue juzgado en condiciones ajenas a la legalidad, condenado a muerte y ejecutado, estaban dando paso a estas operaciones que han continuado y que pueden traer consecuencias enormemente graves. El terrorismo hay que condenarlo, pero nunca en una sola dirección. Hay una posición moral que debe siempre ser reclamada. Precisamente porque los terroristas se salen de ella son condenables: no pueden ser condenados sacando también fuera de la ética a los Estados que deben estar hechos para conservarla. ■

México

EL "TAPADO" SE DESTAPA

Las elecciones presidenciales mexicanas son, en realidad, un encubrimiento de un sistema de cooptación dentro del PRI (Partido Revolucionario Institucional), que, aun dentro de un régimen teórico de partidos, hace figura de partido único. El Presidente saliente y la dirección del partido designan previamente a quien ha de ser Presidente: se le llama "el tapado", aunque en realidad todo el mundo sabe su nombre, y tiene ya desde antes de las elecciones una consideración oficiosa de Presidente futuro.

En este caso, el "tapado" era López Portillo. Un hombre del PRI, de la continuación de la vieja revolución mexicana que dista mucho ya de ser la de los corridos y la gran época renovadora, la que filmó Eisenstein y la que ha dejado atrás un puñado de héroes que querían que la tierra fuese para los pobres. El PRI mantiene hoy a una oligarquía y no puede separarse de su vecindad peligrosa y dominante con los Estados Unidos. Mantiene,



De Echeverría, izquierda, a López Portillo: no se esperan grandes cambios.

sin embargo, una independencia mayor que la de otras Repúblicas hispanoamericanas y una política exterior de una considerable coherencia, que le ha permitido, por ejemplo, mantener las relaciones diplomáticas con Cuba.

López Portillo sustituye a Luis Echeverría Álvarez, que ha intentado un giro considerable en la política presentándose como "tecnócrata de izquierdas" o "reformista liberal", como creador de la "fórmula Echeverría". Sin olvidar que Echeverría era ministro del Interior cuando sucedió la terrible matanza de la plaza de las Tres Culturas (28 estudiantes muertos, 10 de junio de 1971), se produjo una cierta

confianza en la "apertura democrática" que prometía Echeverría y algunos intelectuales que habían permanecido reticentes o alejados fueron aceptando la colaboración con el régimen. Sobre todo en la exaltación personal del Presidente Echeverría, que realizó largos e importantes viajes por el extranjero y trató siempre de mantener su imagen personal y la de su país en una actualidad amable.

No se esperan grandes cambios de López Portillo. Querrá también dar un sello personal a su Presidencia, pero la servidumbre al partido es, lógicamente, absoluta, y México no podrá salir fácilmente de todos sus condicionamientos. ■